

LAS QUE SE TAPAN LOS OIDOS



No sé si Enrique Sepúlveda, después de haber pintado *Las que van á misa de dos*, *Las que ponen flores en la ventanilla del coche*, *Las que toman caldo en Lardhy*, etc., etc.,

sentirá ó dejará de sentir que no se le haya ocurrido el titulillo puesto encima de las presentes líneas; pero. ¿qué hemos de hacerle! Todos somos hijos de Dios, y aunque sea empresa demasiado audaz, cualquiera tiene derecho, como tenga también pinceles y humor, para pintar á *Las que usan confesor joven*, *Las que gastan pezonera*, *Las que le llaman á uno hermoso*, y así sucesivamente.

“Las que se tapan los oídos con las manos,”—esto de las manos lo he suprimido en el título, por no abusar—forman uno de los tipos más entretenidos del público de los teatros. No intentaré pintarlas... Bastante se pintan ellas. ¡Y eso que la luz eléctrica,

émula de la llama
que nace con el día,

favorece bien poco este género de pintura, único arte, como es sabido, en que rivalizamos con las demás naciones europeas!

Tampoco intentaré censurar ni ridiculizar á dichas señoras. Todo lo contrario... Benditas sean entre todas las mujeres, y benditos sean los frutos de su vientre; amén, Jesús.

Gracias á ellas, y á su remonísimo procedimiento de taparse los oídos en cuanto se avecina la catástrofe de un drama y se sospecha que va á dispararse algo, puede ser que ceda un *tantito* (como decía D. Francisco*Santa Cruz, que encontraba ordinario el *tantico* y empleaba el *haiga*) la manía de desenlazar todos los dramas modernos por el procedimiento del general Hoyos, el de los *cuatru tiritus*.

¿Qué emoción, ni qué interés, por vivos que sean, no ceden ante la actitud de dos ó tres docenas de espectadoras remilgadas,

que se llevan graciosamente las manos á las orejas, cierran los ojos, ó hacen como que los cierran, y fruncen los labios á la manera de quien va á recibir una ducha?

El espectáculo que “se desarrolla,” en la escena se eclipsa ante el espectáculo que se da en la sala. Los espectadores de buena fe se distraen; los de fe mediana se sonríen, y los de mala fe aprovechan la ocasión—si ya no se la ha ofrecido el autor malaventurado—para sacar los pies de las alforjas.

Véase por dónde viene la muerte—como diría Campoamor—á muchos autores modernos, y véase también por dónde podría lucirse cualquier secretario de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, poniendo á discusión *La influencia de la coquetería femenil en la literatura dramática contemporánea*.

Porque la madre del cordero no es otra. ¿Qué mujer, verdaderamente poseída de su misión sobre la tierra, desaprovecha una ocasión tan propicia para lucir la bien modelada mano, el brazo más ó menos escultural, y, “en todo caso,” el guante de suprema distinción ó el brazalete de última moda?

Las jamonas, sobre todo —y cuanto más gordas, mejor,—se despepitan por esas coyunturas, que les permiten aparentar candorosa timidez y afectar aires juveniles.

Así, tengo observado que éstas son las más aficionadas á los dramas "detonantes," aunque no falten entre ellas algunas que sepan disfrazar su coquetería con cierto ingenio, como aquella que



me decía una noche de estreno en el teatro Español:

— ¡Si tiraran al menos con pólvora sola!

— ¡Señora!—repliqué.—¿Supone usted que Calvo va á disparar con bala?

—No, pero disparará con ripios.

—Observe usted que el drama está en prosa...

—Es igual; disparará con cascote.

Hasta ahora no ha habido en el teatro Español, durante esta temporada, un solo estreno en que no se hayan dado gusto las que se tapan los oídos.

Primero, en *Los irresponsables*; luego, en *Los ídolos de barro*; en seguida, en *Siempre en ridículo*; más tarde, en *El prólogo de un drama*.

— ¡Pero si en *El prólogo de un drama* no hay tiros!—observará el lector.

¡Oh! Es que las que se tapan los oídos son personas de tanta convicción, que ya no se llevan las manos á las orejas solamente cuando va á haber pistoletazo, sino también cuando, en vez de las armas de fuego, son las blancas las que sustituyen el antiguo *Deus ex machina*; y aun he visto (Dios me conserve los ojos para seguir viéndolas) damas y damiselas que apelan al consabido ademán cuando la dama se muere de tisis ó el galán se da de puñaladas.

Vuelvo á decirlo. Hay que agradecer á nuestras contemporáneas ese remonísimo procedimiento, con el cual amenizan la monotonía de los dramas modernos y atenúan sus espeluznantes desenlaces.

Los autores se quejan de que así les "matan los efectos,"; pero ¿y si les diera á las espectadoras (y á fe que no habría para qué extrañarse de ello) por taparse los oídos durante toda la representación, bajando las manos solamente cuando llegara la explosión final?





TARTARIN EN LOS MADRILES

(CARTA DEL HÉROE TARASCONÉS)

A Espiridion Excourbaniés,
EN TARASCON.

Aquí me tienes, mi queridísimo amigo, compañero y compatriota; aquí me tienes... ¡y en qué estado!

Tú me conoces, Espiridión, y sabes que si hay algún ánimo esforzado, incapaz de comprometer en un momento de debilidad el prestigio de Tarascon primero, de Provenza después, y por último de Francia, ese ánimo es el de tu amigo Tartarin; pero las circunstancias se han sobrepuesto á mis fuerzas, con ser éstas tan grandes, y por vez primera en su vida, el hombre que

se ha hecho inmortal por sus prodigiosas aventuras en Africa y en los Alpes, y por el valor con que ha afrontado los mayores peligros, tiene que reconocer su apuradísima situación y tiene que gritar: ¡Socorro!

Tú eres el único que conoce mi paradero. Tú sólo sabías en Tarascon que no me había ausentado de nuestra amada ciudad para entregarme á la política, ni para fundar allá en Oceanía el *Port-Tarascon* de que han hablado algunos periódicos parisienses... Esas son voces que hace correr Alfonso Daudet, mi implacable calumniador, el cual prepara, sin duda, algún *Tartarin en el Parlamento* y algún *Tartarin colonizador*, en cuyas páginas trate de ridiculizarme nuevamente y de desfigurar las altas prendas de mi carácter emprendedor y audaz.

¡Permita Dios que el sol de nuestra tierra, el

*grand souleu de la Provenço,
gai compaire dou mistrau,*

que tantas burlas ha inspirado á ese renegado meridional, le abra los sesos ó le proporcione un tabardillo mayúsculo!

Pero no; hago mal en desearle daños y en maldecirle; me contento con pedir al cielo que Daudet no se entere de las cosas

que me han acontecido en Madrid. ¡Cómo me pondría si se enterara!

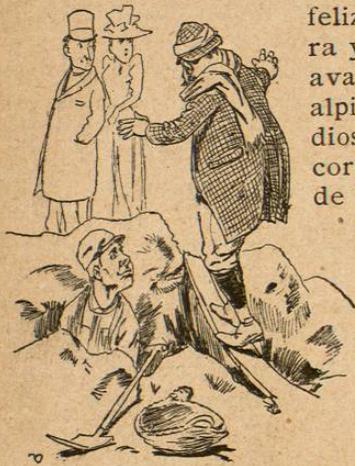
Por supuesto, que me está muy bien empleado todo ello, querido Espiridión. ¿Quién me mandaba venir aquí á conocer de cerca al general Martínez Campos? Me habían dicho que era el Tartarin de los españoles; que sus proezas y hazañas eran por el estilo de las mías; que había cazado separatistas en Cuba como yo leones en el Sahara; que había subido á las montañas de Navarra y Cataluña como yo á la Jungfrau y al Mont-Blanc; que imperaba en Madrid como yo en Tarascon... Y no pudiendo vencer mi curiosidad, vine á conocerle. ¡Di, más bien, á eclipsarle!

¿Lo he eclipsado? Todavía no.

¿Por qué? Porque aún no lo he tenido frente á frente, como tuve antaño al rey del desierto, y como tuve después las cumbres abruptas y terribles de los Alpes.

Hasta ahora, Espiridión, no he tenido enfrente de mí más que zanjas y fosos formidables en todas las calles y plazuelas; montañas de adoquines y excavaciones sin fondo en todas las esquinas; cables eléctricos en cada encrucijada, que amenazan al incauto transeunte; desfiladeros estrechísimos, más peligrosos que los de los ventisqueros alpestres, por donde corren á esca-

pe coches y tranvías que aplastan al que no quiere caer en una zanja, un foso ó una sima; pozos negros abiertos á la luz del sol; tejados y balcones mal cuidados, desde los cuales se desprenden tejas, macetas y pe-



druscos que matan al infeliz viandante más segura y rápidamente que las avalanchas y los aludes alpinos; manadas de por Dioseros que convierten la corte de España en Corte de los Milagros, y contra quienes no hay más defensa que la del rifle y el revólver á que apelé en el puerto de Argel; nubes de busconas, que no buscan, sino que le agarran á uno por fuerza en los parajes

más públicos; bandadas de truhanes que...

Pero, antes de que otro recuerdo disipe el que ahora me asalta, ¿sabes á quién encontré el día mismo de mi llegada á Madrid?

A aquel Gregory, que fingiéndose príncipe de Montenegro, y amigo mío, y admirador de mis empresas, se quedó con mi car-

tera y mis billetes de Banco junto á un morabito y un bosquecillo de adelfas, mientras yo acechaba el paso del león.

Tú me conoces, Espiridión, y puedes figurarte el trabajo que me costaría conte-



nerme para no lanzarme sobre el tunante de marras, al verle pasar por la Puerta del Sol en un carruaje muy aparatoso, cuyo cochero y lacayo llevaban sombreros con galones dorados.

Un guardia civil que estaba á mi lado le saludó respetuosamente... Mi rabia, mezclada con mi asombro, no me permitió ver unos beduinos que en aquel momento invadían la acera, cargados con enormes fardos; y atropellado por ellos, caí de bruces en una de las tremendas zanjas que, según te he dicho, hacen intransitables las calles de Madrid. Las consecuencias no fueron del todo graves... Un brazo roto y una pierna dislocada.

¡Haber salido ileso de una ascensión á la Jungfrau y de una tempestad en el Mont-Blanc, para romperse un brazo y dislocarse una pierna en las calles de Madrid!

Eso es peor que lo que aconteció en 1842 á Dumont d'Urville, que después de sus trágicas y atrevidas navegaciones, vino á sucumbir miserablemente en un descarrilamiento del tren de París á Versalles.

Comprenderás, Espiridión, en qué estado de ánimo saldría á la calle un hombre de mi temple, cuando, una vez curadas mis fracturas y contusiones, pude dejar la cama y el hotel.



¿Por qué no tropecé en aquel instante con Martínez Campos, el Tartarin de los españoles?

Si lo encuentro, me lo como. ¡Me lo como, Espiridión!

Bien pronto vinieron nuevas emociones á hacerme olvidar las emociones pasadas. Aún no me había alejado veinte metros de la fonda,

y eché de menos el reloj. Grité, y un poli-

zonte me amenazó con llevarme á la prevención, que es *le violon* de aquí, por alborotador y escandaloso. Afortunadamente, todo lo que tienen los españoles de bárbaros, lo tienen de amables las españo-



las... Un grupo de ellas, que estaba estacionado en aquel sitio (Carrera de San Jerónimo, esquina á la de Espoz y Mina), me rodeó inmediatamente, diciendo á coro:

—¡Ay, es *gabacho*! ¡Anda, hermoso, vente con nosotras!

Yo me defendí, Espiridión; puedes creerme. Sin embargo, unos jóvenes de prendas excesivamente ajustadas (la *crème*, sin duda, del *beau monde* madrileño) insistieron

con excesiva galantería, y después de decirles á las damas *¡Hasta luego!*, me dijeron á mí con excesiva expresión:

—¡Ande usted con ellas, so morral!

Y fuí, por no ofender la clásica hidalguía castellana. De los resultados te hablaré en secreto.

Entretanto, Espiridión, aprende á volver del revés á Shakespeare y á Echegaray, autores que conoces de seguro, porque un hijo de Tarascon lo conoce todo, y lo que no conoce, lo presiente. Aquellos autores han presentado en sus dramas hombres que fuerzan á cándidas mujeres á pisar casas donde no las conviene entrar. Aquí en Madrid, bien al contrario, sucede que son audaces mujeres las que dan idénticos asaltos á cándidos varones.

¡Y no te digo nada de los asaltos que nos dan los de nuestro sexo!—Uno hallé en aquella misma noche, tres horas después de la aventura ya narrada, que me dijo, en el propio sitio donde me habían rodeado las hermosas españolas:

—Dispense usted, caballero. ¿Usted es francés?

—Sí, señor.

—¿Y meridional?

—¡Té! *Ça va sans dire.*

—¿Y hasta de Tarascon?

—¡Ve! ¿En qué lo ha conocido usted?

—Caballero, no hay ninguna persona decente que no conozca, y que no admire, al ilustre Tartarin de Tarascon.

—Muchas gracias.

—Y si quiere usted hacer un singularísimo favor á los admiradores más fervientes que tiene en Madrid, hágame el obsequio de venirse conmigo.

—¿A dónde?

—Al *Círculo de la Raza Latina.*

—*Allons!*

Tú me conoces, Espiridión. Me herían en la cuerda sensible, y fuí al *Círculo de la Raza...*

—¿*Latina?*

—¡Qué *Latina!* ¡*Griega*, y muy *griega*, mi querido Espiridión!

Entre otras diversiones, encontré en aquel *Círculo*, uno de los innumerables que hay con nombres igualmente simpáticos y atractivos, la sencilla distracción del *baccara*, el honestísimo entretenimiento del treinta y cuarenta, y el patriótico pasatiempo del monte.

Me sentí alpinista, como en mis buenos



tiempos de la Jungfrau y del Mont-Blanc, y por el monte opté. La *ascensión* me costó hasta la última peseta.

Y así me tienes, querido Espiridión. ¿Quieres venir á socorrer al pobre Tartarín? Tú te encontrarás á gusto en Madrid; porque tú, con tu célebre *¡fen de brut!*, lema de un adorador del estrépito y el ruido, te hallarás como en tu centro en esta villa y corte, que por la multitud de sus ruidosas molestias ha merecido el nombre de Estruendópolis. Pero si vienes tú, ¡procura que no te acompañe ningún tarasconés!

En primer lugar, porque me sentiría humillado. Tarascon es la ciudad de la Tarasca... en singular. Madrid es el pueblo de las tarascas... en plural. ¡Las hay á millares, mi excelente Espiridión!

Y luego, porque á la humillación se uniría el triste fin del héroe puesto en ridículo por el calumniador Daudet. Se puede ir á desafiar los furores del león del Atlas, los peligros de los Alpes, los hielos del Polo Norte, las tribus del Centro de Africa; pero ¡no se puede venir á Madrid!

¡Dejémoselo á Martínez Campos!

Tu infeliz amigo y averiado héroe,—TARTARIN.

Octubre de 1890.

